

Mi amigo emplumado

Pajarraco

VALERIA MIRA MONTOYA (texto)

DANIELA ACOSTA PARSONS

(ilustración)

Babel Libros, Medellín, 2022, 52 pp.

VALERIA MIRA (Medellín 1992) debuta en el campo de las letras colombianas con el libro de cuentos *Pajarraco*. La autora estudió derecho en la Universidad de Antioquia y es profesora de cátedra de la Universidad Eafit; además, trabaja en temas de educación y cultura, también cuando escribe cuentos, como veremos más adelante. Las primeras palabras que encontramos, al abrir el libro, son los nombres de sus padres: Héctor y María C., y luego la palabra “Amor”, con mayúscula. A partir de allí las ilustraciones de Daniela Acosta se imponen: estrellas de color salmón que empiezan en una página y continúan en la otra, un pajarraco (tiene que serlo, es él) enorme al lado de una mano pequeña, y detrás de la mano, una niña inclinada, la narradora-testigo, la voz que habla y dice “pajarraco”. Desde estas ilustraciones se capta el espíritu del libro, el de un pajarraco en proceso, de nacer, de vivir, de entrar en relación con una niña que lo rescata, que tratará de amarlo en las páginas siguientes.

La narradora del cuento, que todo lo sabe, todo lo ve, se desliza por la vida de un pajarraco llamado Pajarraco, que se encuentra atascado en una fuente. Ella es una niña, lo confirmamos al mirar las ilustraciones: no sabemos exactamente cuál es su edad; pequeña, por la manera como está pintada, pero mayorcita por sus preguntas y reflexiones. Lo que sí sabemos es que se define por la actividad que ejerce: es rescatista de animales en apuros. Como fue el caso de una lagartija que perdió su cola, o el de una familia de arañas amenazada por una aspiradora.

En apariencia, se trata de un cuento infantil, y lo es. Pero también se trata de una historia para grandes: padres, instructores, docentes, en fin, para quienes preservan entre sus manos la vida de niños y niñas, y jóvenes. Doble significación, de niños y de grandes, que no festejaba hace tiempo, desde que leí el libro *Angélica* de la brasileña Lygia

Bojunga (1989), en una edición que se multiplica indefinidamente, como esperamos que ocurra con *Pajarraco*. O desde que leí el libro del amor imposible entre un gato y una golondrina, *El gato manchado y la golondrina Sinhá*, de Jorge Amado (1976).

¿Cómo ayudarle a este pichón a reconocer cuál es su razón de existir, a identificar su propósito de vida? ¿Cómo conocer lo que Pajarraco necesita para alcanzar sus propias metas? Lo sabemos y no lo sabemos a medida que avanza el cuento. Y por momentos se agudizan todos los sentidos, al menos de las lectoras que son madres, de los lectores que son padres. Pajarraco no comunica con palabras cuál es la razón de su existencia, sus necesidades, sus apuros. Como un bebé que no sabemos si llora porque tiene hambre o frío, o los dos, y nos deja en un estado de incertidumbre. O un adolescente que pide cercanía, y al mismo tiempo la rechaza. En un momento en el que Pajarraco parpadea, la niña, en un acto de ternura, traduce ese sonido de los párpados y entiende que Pajarraco dice “quiero volar” (p. 39). ¿Pero es esto lo que quiere realmente Pajarraco? Más adelante la narradora intentará descifrarlo. Y para ello, y para significar toda la ambigüedad de la vida, recurre a la poesía que tiene a su alcance. Porque este cuento también es poesía.

Pero la niña se encuentra frente a un verdadero problema: Pajarraco no saltó de emoción con la idea de volar. Se terminaron los planes de vuelo que tenía la narradora y empezaron las suposiciones, las disyuntivas de la educación, porque ella quería un pichón feliz.

Entonces la protagonista, cual madre preocupada por el futuro de su hijo, busca a los especialistas que le ayudarán a descifrar a Pajarraco. Se trata de un pajarracólogo, viejo y sabio, que se apoya en instrumentos pajarracológicos, pertenecientes a la ciencia de la pajarracología. Es importante, de un lado, destacar cómo resuenan estas palabras al lado de otras, especializadas en sanar las almas de las personas: psicología, por ejemplo. De otro, también escuchar la música producida por estas tres palabras que, por pertenecer a la misma familia de la palabra “pajarraco”, repiten los mismos sonidos en un corto espacio, dando lugar a otro más de los valores poéticos del cuento.

Cabe anotar que lo poético, además, está dado en el cuento de múltiples maneras. ¿Pero de cuáles? ¿Cómo es posible que la voz narradora hable, y hable poesía? Es por su punto de vista, que está por fuera de la lógica convencional, como lo está la lógica del poema. Y ello es claro desde el mismo momento en que empieza a hablar, cuando encuentra a Pajarraco en el estanque: “Si ese día no hacía calor, ¿por qué estaba en el agua? ¿Quería atrapar un centavo o un deseo? Tal vez su sueño era ser un pajarraco marinero y estaba practicando antes de volar al mar” (p. 37).

¿A quién se le ocurre explicar de esa manera la presencia del pichón en el agua? ¿Quién invierte la lógica del centavo-en-la-fuente-para-pedir-un-deseo por el centavo o el deseo, en una disyuntiva que no conocíamos? Pues nuestra niña del cuento, esa que se asoma decididamente desde las ilustraciones, de quien no sabemos su nombre, ni lo sabremos nunca. Ella decide descifrar con sumo cuidado a Pajarraco y para ello lo mira, lo escucha, lo interpreta.

Entonces despliega todas sus habilidades para enseñarle a volar. Es necesario leer sus palabras, seguir paso a paso el entrenamiento, mirar su esfuerzo buscando la rama de laurel, la rama de guayacán, la posible e imposible araucaria.

Este animal parece alérgico a los diminutivos, a que le hablen en media lengua, como se les habla a veces a los bebés, como si no necesitaran aprender a hablar claro y distinto, como los grandes. Pero digo, Pajarraco tiene un nombre alérgico a los diminutivos, a las falsas palabras melosas. Al final, la narradora no logra la expresión del ser de Pajarraco tal como ella lo imagina, tal como ella lo supone. Nos quedamos con una imagen, y con la certeza de que ni siquiera toda la poesía es suficiente para vivir por otro ser su propio desarrollo. ¿Qué pasó con este pichón? ¿Y la rescatista?, ¿propició aquello que creía era lo mejor para su amigo emplumado?

Es necesario leer el cuento para responder uno a uno los interrogantes que nos van quedando en una primera lectura. Pero antes de ello queremos señalar que, hasta la realidad más dura, como es la muerte de Pajarraco, está

colmada de poesía. Tal como lo dice la narradora: “Incluso los murciélagos saben que se puede volar sin mover las alas” (p. 46).

Beatriz Restrepo Restrepo